

➔ **Pinceladas de la realidad nacional**

¿Cuánto vale el trabajo de las mujeres en el hogar?

Roxana Morales Ramos
roxana.morales.ramos@una.ac.cr



Históricamente el trabajo del hogar, realizado principalmente por mujeres, ha sido invisibilizado. Esto sucede en Costa Rica y en todo el mundo; sin embargo, recientemente, varios países han empezado a elaborar cuentas satélites de trabajo doméstico no remunerado, gracias a las luchas feministas, con el objetivo de estimar el valor monetario (valor económico) que tiene este tipo de actividades no pagas y así visibilizar su importancia en la sociedad.

¿Por qué se le llama cuenta satélite? En la medición del Producto Interno Bruto (PIB) no se incluyen como actividades productivas aquellas que son para autoconsumo de los hogares y que no son remuneradas, entre ellas: limpieza, preparación de alimentos, lavado y planchado de ropa, cuidado de personas dependientes, organización de tareas domésticas y lavado de vehículo. Estas actividades no se catalogan como productivas ya que, si así se hiciera, todas las personas que desarrollan esas labores pasarían a ser ocupadas y, por ende, no existiría el desempleo. Es por ello que se elabora una cuenta satélite que permite obtener una valoración económica de esas actividades que no se pueden contabilizar en el PIB.

Es importante mencionar que dentro de la cuenta satélite solo se incluyen aquellos servicios producidos por los hogares para uso final propio y que tienen la característica de

poder delegarse a una tercera persona (puedo pagar a alguien para que haga esa tarea por mí). Actividades como comer, dormir, bañarse, entre otras, tampoco se contabilizan en la cuenta satélite.

En Costa Rica, la cuenta satélite en mención se dio a conocer en octubre del presente año y fue elaborada por el Banco Central (BCCR), a partir de información de la Encuesta Nacional de Uso del Tiempo 2017 (Enut). Esta cuenta determinó que el trabajo doméstico no remunerado en Costa Rica equivale al 25,3% del PIB, unos 8 millones de millones de colones anuales y, además, demostró que este tipo de trabajo está recargado en las mujeres: el 71% es realizado por mujeres (18% del PIB) y el 29% por hombres (7,3% del PIB).

Visibilizar esta brecha de género y el valor económico del trabajo del hogar es muy importante. Muchas mujeres dedican gran parte de su vida a las labores domésticas, sin que estas sean valoradas, ni por la sociedad, ni por los miembros de sus familias. ¡El trabajo doméstico es valioso y es responsabilidad de todos y todas, no puede seguir cargándose en las mujeres y mucho menos invisibilizándose!

➔ **Entrelíneas**

Tecnologías e interconexión

Silvia Monturiol F. /CAMPUS
smonturi@un.cr



“La interdependencia es una ley fundamental de la naturaleza; no solo las formas más evolucionadas de vida, sino también hasta los pequeños insectos son seres sociales que sobreviven gracias a la mutua cooperación, basada en un innato reconocimiento de su interconexión”, afirma Tenzin Gyatso, Dalai Lama, líder del budismo tibetano.

Así lo reconoce la académica brasileña María Cándida Moraes, en su artículo “Tejiendo una red, pero ¿con qué paradigma?”, donde plantea la necesidad de que asumamos en nuestras sociedades y especialmente en la educación el paradigma que refleje esa condición planetaria.

Y si queremos contribuir a construir un mundo más inclusivo, una sociedad más justa, equitativa y pacífica—algo que comúnmente se plantea la educación entre sus metas últimas—es preciso tomar conciencia de esa interconexión de que nos habla el paradigma ecosistémico, que describe Moraes.

Si las nuevas tecnologías, que hoy revolucionan el acceso a la información, se pusieran al servicio de este paradigma, muchas cosas cambiarían en nuestras sociedades y particularmente en la educación, donde ha prevalecido el “instruccionismo” sobre la posibilidad de reflexión del estudiante, así como una relación vertical docente-alumno.

Lamentablemente, como señala la autora, el uso que se le da a estos recursos tecnológicos, en muchos casos, se sigue ligando a esa concepción tradicional positivista de la educación y entonces se privilegia la función informativa del computador en detrimento de la función constructiva, de los aspectos reflexivos y creativos que el uso de esa herramienta podría permitir. No es raro encontrar—subraya la autora—“prácticas instructoristas, tecnológicamente más sofisticadas, pero pedagógicamente vacías y empobrecidas”.

Y es que como expresa Antonio Batro—citado por Moraes—“el computador por sí solo no provoca los cambios deseados; lo importante es saber usar esas herramientas para la creación de nuevos ambientes de aprendizaje que estimulen la interactividad”. Porque la interactividad con el medio no se puede ignorar en un ambiente de aprendizaje.

Ya lo dijo Maturana y ya lo reconocían así, desde hace tiempo, poblaciones supuestamente menos “civilizadas”, que convivían en forma armoniosa con el medio ambiente: la conducta del individuo está determinada por su “danza continua” con el medio con el que interactúa.

En defensa de nuestra autonomía universitaria

Leiner Vargas Alfaro (*)
leiner.vargas.alfaro@una.cr

El pacto social que dio fundamento a un vigoroso desarrollo de las universidades públicas en Costa Rica está seriamente en peligro. Los acontecimientos dan cuenta de un deterioro en ambas partes del ecosistema social: por una parte, los desaciertos de algunos rectores y la manipulación de la información, sobre lo que es y lo que hace la universidad pública en el país, han venido minando la credibilidad social y, por otro, la sintonía que las universidades públicas habían logrado con la sociedad costarricense en la segunda mitad del siglo XX y que permitió, no sin sobresaltos y movimientos sociales de defensa, un acuerdo político con el Estado posterior a las crisis de los años ochenta.

Hoy, las contradicciones vuelven estar a flor de piel, por un lado, los intereses mezquinos de quienes apuestan por monetizar y mercadear un bien público, como lo es la educación superior, nos han llevado al límite y ponen en entredicho la función social de la Educación Superior Pública. Esta forma de ver a la universidad está totalmente superada en los países OECD exitosos, dónde—por el contrario—la gratuidad de la educación y el fomento a la ciencia, la tecnología y la innovación se valoran muy alto socialmente. Como tantas otras instituciones sociales, la Universidad requiere ajustes, innovaciones, cambios que adapten su quehacer a las condiciones del entorno del nuevo siglo. Es posible y necesario corregir también algunos excesos y prácticas de gestión controlistas y burocráticas, que han entrabado y atado el espíritu innovador de muchos universitarios. Todo lo anterior, puede y debe hacerse en el marco que la autonomía nos brinda.

Si bien repudio la violencia y la intransigencia que claramente no llevan a ninguna solución razonable, en democracia, todos tenemos el derecho a la protesta y como tal, respeto las acciones que de forma pacífica se den para hacer valer esas posiciones, tanto de sindicatos o de estudiantes. En particular la marcha del 22 de octubre del 2019 debe verse como una defensa de la institución universitaria, de la universidad pública y de su necesario papel en la sociedad; no fue una marcha para defender a los rectores, que han tenido un papel bastante gris en los últimos años.

Empero, debilitar la Universidad es debilitar la democracia y el necesario balance social que permite una fuente permanente de transformaciones en muchos ámbitos de nuestra vida en sociedad.

UNA vez más, a quienes levantamos la bandera en los ochentas para defender la Universidad, nos tocará defenderla de sus enemigos, internos y externos, en este cierre de la segunda década del siglo XXI.

Somos muchas voces en el norte, el sur, el Atlántico y el Pacífico, a quienes nos tocará defender la Universidad Pública y su papel en el desarrollo de nuestra sociedad. Nos queda aún un largo camino por recorrer, pero estoy seguro de que nuestra sociedad resguarda aún la suficiente lucidez y sabiduría para tomar los caminos correctos; si equivocamos el rumbo es hora de corregirlo, como decía nuestro maestro y poeta costarricense, Isaac Felipe Azofeifa: “Ya todas las estrellas han partido, pero nunca se pone más oscuro que cuando va a amanecer”.

(*) Académico de la Universidad Nacional